

Desarrollo de la crónica de Indias: de Colón a Carpentier¹

Hugo Armando Arciniegas

Magíster en Estudios Avanzados en Literatura Española e Hispanoamericana
Universidad Industrial de Santander

<https://orcid.org/0000-0002-5643-0128>

harcinid@correo.uis.edu.co

Resumen

En este artículo reflexionamos acerca de la evolución de la crónica de Indias. Ciñéndonos a la perspectiva desde la que los autores abordan el hecho narrado (descubridor, conquistador, mestizo e hispanoamericano contemporáneo), pasaremos de una obra a otra rastreando cambios y permanencias, valiéndonos de teoría y crítica sobre la estética de este género. Reflexionaremos sobre los Diarios y las cartas de Colón; las crónicas de Cabeza de Vaca, Cortés y Bernal Díaz del Castillo; los Comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega, y *El arpa y la sombra*, novela (con rasgos cronísticos) de Alejo Carpentier. Concluimos que, si bien algunos rasgos formales y narrativos permanecen entre las obras, la visión sobre los hechos está mediada por la perspectiva desde la que se aborda el hecho narrado. Las crónicas no son verídicas: responden a intereses propios.

Palabras clave: América; crónica de Indias; desarrollo genérico; género literario; perspectiva autoral.

Development of the chronicle of the Indies: from Columbus to Carpentier

Abstract

In this article we discuss the evolution of the chronicles of the Indies. Sticking to the historical perspective from which authors address the events they recount (explorer, conqueror, mestizo, and contemporary Spanish American), we will go from one to another, keeping track of changes and continuities, on the basis of criticism about the aesthetics of this literary genre. We will consider Christopher Columbus' log-book and letters; the chronicles written by Cabeza de Vaca, Cortés, and Bernal Díaz del Castillo;

¹ **Procedencia del artículo:** El presente artículo fue realizado en el grupo de investigación Glotta (categoría B, MinCiencias) de la Universidad Industrial de Santander.



the Royal Commentaries by Inca Garcilaso de la Vega, and *The Harp and the Shadow*, by Alejo Carpentier (a chronicle-like novel). Although these texts have in common some formal features, we conclude the insights are permeated by the perspective from which the narrated events are addressed. Chronicles are not factual: they fit the authors' own interests.

Keywords: America; authorial perspective; chronicles of the Indies; genre development; literary genre.

Recibido: 07 de julio del 2021. **Aprobado:** 25 de septiembre del 2021

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i54.12168>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Arciniegas, Hugo Armando. "Desarrollo de la crónica de Indias: de Colón a Carpentier" *Poligramas* 54 (2022): e.2812168 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

¿Cómo leemos hoy las crónicas de Indias americanas? Si las leemos como un remoto antecedente de la crónica narrativa contemporánea —por ejemplo, Talese, Wolfe, en el ámbito norteamericano; Salcedo Ramos, Caparrós, Guerriero, en el latinoamericano—, podríamos suponer que se trata de un género ajustado a la realidad; un tipo de texto en el cual la ficción, o aun la grosera falsación de datos, no tiene cabida alguna. De esta suerte, leeríamos crónicas como la de Bernal Díaz del Castillo o la de Cortés como relatos fidedignos de lo acontecido en la conquista de México. No obstante, al leer un corpus amplio de crónicas, se puede comprobar cómo subyacen en ellas intereses propios —económicos, religiosos, de gloria y reconocimiento histórico— que conducen a sus autores a falsearse entre sí, a refutarse, en un impulsivo afán por acreditar el discurso propio, en desmedro del de sus pares.

Para aproximarnos a este hecho, comentaremos en este artículo algunos rasgos de la evolución histórica y genérica de la crónica de Indias americana. Nos ceñiremos, en primer lugar, a una selección de obras elegidas en función cronológica, y después, a la perspectiva desde la que los autores abordan el hecho narrado (*descubridor, conquistador,*

mestizo e hispanoamericano contemporáneo). Pasaremos de una obra a otra rastreando cambios y permanencias desde el punto de vista formal, valiéndonos de teoría y crítica sobre la estética de este género (Oviedo, Pacheco, Lienhard, entre otros). A su vez, nos centraremos en la forma en que las crónicas, presentadas como *verdaderas* por sus autores, se sirven de tales recursos formales para hacer pasar por ciertas narraciones manipuladas y ajustadas a intereses propios. Para ello, discutiremos de manera concreta los *Diarios* y las cartas de Colón; las crónicas de Cabeza de Vaca (*Naufragios*), Cortés (*Cartas*) y Bernal Díaz del Castillo (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*); los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso de la Vega, y *El arpa y la sombra*, novela (con rasgos cronísticos) de Alejo Carpentier, que forma parte de la llamada ‘nueva novela histórica’.

Colón: perspectiva descubridora

Demos comienzo a esta reflexión con el *descubridor*, de manera concreta, con sus *Diarios* y cartas. Partamos de un par de interrogantes. ¿Colón descubrió América? ¿Qué responden al respecto sus *Diarios* y cartas? De acuerdo con O’Gorman, resulta menos conveniente reconstruir la historia del *descubrimiento* de América que hacerlo con la *idea* de que América fue descubierta (10). El descubrimiento, continúa O’Gorman, no constituye un hecho de suyo evidente, dado que “no se trata de lo que se sabe documentalmente que aconteció², sino de *una idea* acerca de lo que se sabe que aconteció” (16). La idea del descubrimiento supone, entonces, la de la intención de hacerlo, parece señalar el mexicano. Pero, ¿a quién se puede atribuir esa intención? No a Colón, pues creía que navegaba rumbo a Cipango, al Asia, cuya verdadera intención es, tal vez, la de recuperar Jerusalén y consagrar así “la victoria universal del cristianismo” (Todorov 20). Ni a los reyes de España, quienes financian el viaje del Almirante movidos por el ansia de acumular oro y tierras —asiáticas, en todo caso— que Colón promete a cambio. Tampoco a Dios, como afirma De las Casas, por cuanto esta tesis “remite el significado de la empresa al plano trascendental de la esfera religiosa [con lo que] la desarraiga de sus premisas histórico-temporales” (como se cita en O’Gorman 29). Mucho menos a la América misma, que no pasa de ser un trozo de materia cósmica despojado de voluntad o intención alguna (50-51). Así pues, la idea del

² Esta forma de revisitarse la historia parece guardar relación con la teoría metahistórica y formal de White, quien afirma que las narraciones históricas son “ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos”. El historiador, en ese sentido, realiza “un acto poético”, subjetivo, para explicarse “lo que realmente sucedió” (Aurell 625-633).

descubrimiento no es atribuible a ningún sujeto, de modo que carece de fundamento en sí misma. No hay, pues, *descubrimiento*.

Por otra parte, afirma Arciniegas que “el espíritu mismo del viaje de Colón” carece de la idea del descubrimiento. “No es posible considerar como descubridores a quienes, en vez de levantar el velo de misterio que envolvía a las Américas, se afanaron por velar, por cubrir todo lo que pudiera ser una expresión del hombre americano” (35). Desde una perspectiva sociológica, Arciniegas parece señalar que la intención de Colón, la de abrir campo a la evangelización de los indios, es contraria a la idea del descubrimiento. No *descubre* quien no solo ajusta la otredad a sus preconcepciones, sino que pretende imponerlas de cualquier modo sobre la otredad misma. En el diario del primer viaje, el Almirante —referido de manera indirecta por el padre Las Casas— asevera:

Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz; mas, por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango. (sábado 13 de octubre de 1492, 27³)

De donde se sigue que la motivación de Colón no es tanto la del oro como la de hallar Cipango, el Japón. Es decir, Colón está convencido de que camina sobre tierras asiáticas y de que su misión, con el beneplácito de la Corona, es la de abrir campo a la evangelización:

Tengo por dicho, serenísimos Príncipes (dice el Almirante), que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos; y así espero en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos. (martes 6 de noviembre de 1492, 59)

Colón es a su manera un Quijote. Así como este pretende ser un caballero andante —lo que resulta anacrónico ya en su época—, pareciera que Colón se propone renovar las cruzadas medievales. El Almirante se considera “elegido, encargado de una misión divina” (Todorov 20); señalamiento en el que también coincide Gil, en sus *Mitos y utopías del*

³ Me permito agregar, en esta y las siguientes citas del *Diario* de Colón, las fechas de las entradas junto a las páginas de la edición que cito. Lo anterior, dada la importancia que tiene para el género epistolar la fecha exacta en que fue redactada la entrada, con todo y que leemos una versión redactada por el padre Las Casas y no por el propio Colón.

descubrimiento. Y como tal es su misión, el hecho de toparse con las Américas no es más que un obstáculo, un hecho no previsto, que no un *descubrimiento*.

El oro, los monstruos y la lengua

De acuerdo con Todorov, dado que el *Diario* de Colón está destinado a los reyes de España, es preciso que estos encuentren allí tanto oro como aquel les ha prometido (19), pues de tales hallazgos dependía la financiación de viajes futuros. En el *Diario* se leen enunciados como este: “(...) dicen otros hombres que yo traigo que está el rey que trae mucho oro (...) según éstos dan las señas, él señorea todas estas islas comarcanas y va vestido y trae sobre sí mucho oro” (viernes 19 de octubre de 1492, 38-39). En la “Carta a Luis de Santángel”, se lee: “(...) y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro” (91). Así pues, las páginas del *Diario* y las cartas de Colón están llenas de hipérboles, repeticiones y otras figuras que hacen énfasis y ponderan al oro. Al respecto García Márquez, en “Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe”, afirma que el primer viaje de Colón “fue un desastre económico. Apenas si encontró el oro prometido ... y no pudo llevar de regreso ninguna prueba tangible del valor enorme de sus descubrimientos” (145-146). De ahí, pues, el que Colón tenga que *escribir* sobre el oro que no halla en abundancia. El exceso de oro que *no* había visto en realidad había de conformar su relato.

Estas mismas figuras aluden a seres monstruosos propios del bestiario medieval, como los blemias, las amazonas y los gigantes. Colón es lector de Marco Polo, quien escribe de manera fantasiosa acerca de sus viajes a Oriente, de ahí que no extrañe el que sus propios textos tengan un estilo similar al del veneciano. Colón confiesa a Luis de Santángel no haber hallado “hombres monstruosos, como muchos pensaban”, pero no niega la existencia de unas “islas feroces” de antropófagos. En el *Diario*, no obstante, da cuenta de “monóculos, cinocéfalos, caníbales y hombres con cola” (Benítez 9). De los primeros, por ejemplo, en la entrada del 23 de noviembre, se lee que unos “caníbales” que tienen un ojo en la frente habitan en la isla llamada Bohío⁴ (31).

Según Todorov, la lengua de los indios se ofrece ante Colón con dos posibilidades: “Reconocer que es una lengua pero negarse a creer que sea diferente, o reconocer su diferencia pero negarse a admitir que se trate de una lengua” (38). Al comienzo, Colón opta por esta última: “(...) llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que

⁴ Para un mayor análisis de este aspecto véase Benítez (77-100).

deprendan hablar” (31). Más tarde, sin embargo, reconoce que se trata de una lengua, pero no tiene “éxito en la comunicación humana porque no le interesa” (Todorov 41). En su lugar, el Almirante considera de suma importancia que los indios aprendan la lengua de Castilla, para evangelizarlos a partir de esta: “(...) le había parecido que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los Reyes porque aprendieran nuestra lengua, para saber lo que hay en la tierra y porque volviendo sean lenguas de los cristianos” (26).

Cosmovisión colombina: del Medievo a la modernidad

Castany Prado señala que el descubrimiento del Nuevo Mundo contribuye a la “desaparición del ‘mundo’ o ‘cosmos’ mismo, entendido como un todo definido y ordenado jerárquicamente según valores trascendentes” (19). La crisis de la conciencia europea, como la llamaría más tarde Hazard, se cifra en aspectos como la erosión de límites geográficos, cosmológicos, religiosos, culturales, gnoseológicos, ontológicos, sociales o políticos (19-42). Se da el paso del monismo al pluralismo ontológico, la esfera de Pascal en el XVII, como señalaría Borges en su ensayo, cambia irremediamente y a este se le habría de antojarse *effroyable* (Borges 17).

Sin embargo, en Colón estos cambios no operan de manera tan drástica. Él no es un hombre moderno, su mentalidad es aún medieval, “como si aquel que había de dar origen a un nuevo mundo no pudiera pertenecerle de entrada” (Todorov 22). Prueba de ello es que la ecúmene no cambió para él: la Tierra sigue siendo tripartita, pues el navegante considera hasta el final de sus días que ha llegado a Asia. A su vez, Colón se aferra a su fe, y de allí que opte por convencerse de que ha encontrado el Paraíso Terrenal: “Dice el Almirante que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente” y él afirmaba estar en el fin de Oriente (79).

Cabeza de Vaca, Díaz del Castillo y Cortés: perspectiva conquistadora

Se reflexiona ahora sobre los siguientes textos: *Naufrajos*, de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca; *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (en adelante, la *Historia*), de Bernal Díaz del Castillo; y las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés (en adelante, las *Cartas*). Estos textos, a diferencia de los de Colón, se reconocen en términos generales como *crónicas de*

Indias. Analizaremos, desde la perspectiva de los conquistadores, aquí a una serie de rasgos en común propios de estas crónicas.

Aspectos de la verosimilitud

Suele denominarse crónica de Indias a un compendio un tanto irregular de “cartas, cartas-relaciones, diarios” e historias, entre otros tipos de texto (Oviedo 76). Así, los *Naufragios* son una relación o “relato informativo”, de lo que da cuenta, en primer lugar, su título originario: “*Relación que dio Álvaro Núñez Cabera de Vaca de lo acaescido en las Yndias*” (1542) (García Sierra 1, las cursivas son mías); y, en segundo lugar, el proemio mismo del texto: “No me quedó lugar para hacer más servicio que éste, que es traer a Vuestra Majestad *relación* de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido, pudiese saber y *ver*” (Núñez 4, las cursivas son mías). De donde se sigue que esta es una crónica en su mayoría “de vista”, aunque presenta algunos pasajes “de oídas”, como aquel en que describe “lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás” (113).

Por su parte, la *Historia* es, precisamente, una historia, pues se ocupa de “revisar o expandir otras crónicas” (Oviedo 76), en este caso, las de “Gómara e Illescas y Jovio” (Díaz 4). Con el adjetivo ‘verdadera’, acusa de falsas a sus predecesoras, lo que guarda relación con la construcción del “narrador fidedigno” (De Fuggle 327) y “de vista”, pues aquellos no habían estado presentes: “Placen mucho a los oyentes que leen sus historias y no lo vieron ni entendieron cuando lo escribieron” (4). Esta historia se escribe *contra* sus predecesoras, las refuta y las glosa, con lo que pone de manifiesto otro rasgo textual de la crónica: el de la *superposición textual* (Oviedo 77).

En esta línea, “de vista” también son las *Cartas* de Cortés, dirigidas al emperador Carlos V. Las *Cartas* llevan tal nombre,

(...) porque se refieren a sucesos que no pueden narrarse fantaseando, sino que deben ser contados con notable fidelidad (...) [El término] refleja un preciso deber respecto a la monarquía, según lo reivindicado en las capitulaciones estipuladas entre el jefe de una expedición y la autoridad real. (Salvadorini 77)

El afán por la verosimilitud como respuesta a tales capitulaciones se evidencia en la introducción a la “Primera relación” o “Carta de Veracruz”: “Trataremos aquí desde el

principio que fue descubierta esta tierra hasta el estado en que al presente está, porque Vuestras Majestades sepan la tierra que es (...) Y la cierta y muy verdadera relación” (Cortés 2).

Género y tono: entre la historia y la literatura

La crónica americana es un híbrido, “a caballo entre el texto histórico y el literario: es ‘historia’ de intención objetiva (...) a la vez que ‘relato personal’” (Oviedo 76). En todo caso, se trata de relatos a los que no se les puede demandar veracidad, por cuanto “permiten variedades de enfoques (...) lo que puede considerarse uno de sus aspectos más valiosos” (77). Esto es así porque “la historia, las interpretaciones de los hechos históricos, son subjetivos y mutables, es decir, se interpretan según los conceptos e instrumentos de cada época y no dependen ni de raza ni de sangre” (Serna Arnaiz 253).

Así, *Naufraños* presenta epígrafes, se sirve de diálogos, hace declaraciones de subjetividad y está colmado de hipérbolos y otros recursos literarios. Valga como ejemplo esta alusión al tamaño de los *indios*: “Cuantos indios vimos desde la Florida aquí todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes” (Núñez 23); no obstante, “tal comparación queda matizada (...) al reconocer que quizá fuera el mucho miedo que tenía lo que le hizo percibir a los indios como seres descomunales” (García Sierra 289). En cuanto al tono, que puede ser de índole “legal” o “administrativa” tanto como autobiográfico y personal (Oviedo 77), esta crónica, como se colige de la lectura del mismo fragmento, pertenece al segundo grupo.

La *Historia* es, entre estas crónicas de conquistadores, quizás la más literaria, “por el placer que proporciona su prosa” (De Fuggle 327). En palabras de Duverger, el cronista

(...) toma al vuelo las imágenes impactantes sin perder nunca el hilo de la epopeya (...) un poco a la manera del cineasta, alterna las amplias tomas que sitúan el decorado y las tomas cerradas que siempre localizan detalles simbólicos. (introducción, párr. 6)

El tono de la crónica es autobiográfico, por cuanto el narrador asiste “de vista” a los hechos que narra y para hacerlo se sirve de múltiples recursos literarios. Hay allí epígrafes de capítulo, hipérbolos, descripciones minuciosas y de notable valor estético, como aquellas que el narrador consagra al palacio de Moctezuma, así como a la flora y fauna que allí ve, mediante el recurso del polisíndeton descriptivo: “No olvidemos las huertas

de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que de ellos tenía, y el concierto y paseaderos de ellas, y de sus albercas y estanques de agua dulce” (68).

Las *Cartas*, por el contrario, ostentan un tono más legal, político o administrativo, lo que las emparenta con un afán de presentar una suerte de “historiografía verdadera”, enciclopédica. Su valor, más que literario, es de carácter técnico, pues no solo cumplen el propósito de “informar al soberano, expresan súplicas, solicitudes, sugerencias y transmiten peticiones; es decir, tienen un carácter político-administrativo (...) se trata de un tono que podríamos llamar abogadil” (Salvadorini 79-81). De ahí que estas *Cartas* abundan en descripciones y detalles minuciosos, pues su naturaleza es más de índole informativa que novelesca. De hecho, se presentan como un único párrafo continuo, colmado de conjunciones copulativas que dan cuenta de un suceso tras otro: “Y con esto solté a estos mensajeros, y se fueron prometiendo de me traer respuesta (...) y yo en nombre de Vuestra Majestad les perdoné los yerros pasados (...) y viendo que ellos no venían contra mí” (Cortés 126).

Intencionalidad: entre el honor, la épica y las rentas

Las crónicas se escriben por diversas razones y estímulos, “a veces ajenos a un claro designio literario o histórico” (Oviedo 78). Así, la de Cabeza de Vaca en los *Naufrajos*, más que “contar el fracaso y la deshonra de toda una expedición”, es la de

(...) hacerse merecedor del reconocimiento por la victoria que supone haber regresado a los límites del Imperio después de recorrer cerca de dieciocho mil kilómetros de territorio virgen y tras protagonizar una hazaña de resistencia física y adaptación cultural. (García Sierra 288)

Cortés, por su parte, redacta las *Cartas* no como respuesta a un estímulo personal y espontáneo, sino atendiendo a “exigencias ajenas, y no a la sola voluntad (...) el fin que éste se propone es el de informar y no el de escribir historia” (Salvadorini 79). Díaz del Castillo no persigue en la *Historia* un propósito documental, “sino refutativo y persuasivo”, en contra de crónicas precedentes como las de Gómara, como una forma de reivindicar su imagen y la de otros soldados invisibilizados por la figura de Cortés y reclamar así el honor y las rentas debidas. Así, se explica el que los autores privilegien el recurso de la épica, con sus “hipérboles heroicas y el diseño de sus escenas bélicas”

(Oviedo 79), por sobre la descripción naturalista de América a la manera de un Fernández de Oviedo.

Inca Garcilaso de la Vega: perspectiva mestiza

Una vez discutidos los rasgos de la crónica americana desde la perspectiva del descubridor y de los conquistadores, es preciso hacerlo ahora con la crónica mestiza. Se discute el equilibrio entre la defensa de dos mundos, el hispánico y el inca, que, según la crítica, subyace en los *Comentarios reales de los incas* (en adelante, los *Comentarios*), del Inca Garcilaso de la Vega (en adelante, el Inca). Por otra parte, se discutirá el género de la crónica mestiza a partir de fragmentos tomados del texto.

Entre el mundo hispánico y el mundo inca

Cornejo Polar señala que “existen casos en que la comprensión cabal de la obra de un autor pasa necesariamente por el conocimiento de su vida” (párr. 1). En alusión al Inca, el crítico señala como significativa su ascendencia: “Hijo del capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas, de encumbrada familia, y la noble quechua Chimpú Ocllo” (párr. 1). Así, hay en el Inca un afán por reconciliar las dos estirpes que conforman su naturaleza mestiza. No obstante, críticos como Rodríguez Garrido observan que la identidad garcilasiana “no debiera reducirse a la adscripción étnica”. La identidad expresa en los *Comentarios*, continúa el crítico, “no puede desligarse de la armazón retórica levantada por el Inca ni de sus intenciones persuasivas” (371). De tal suerte, es preciso desligar autor (escritor) y enunciador, entendiendo a este como “sujeto discursivo que emana del texto” (372).

En este orden, tanto en el “Proemio” como en las “Advertencias” el autor hace alusión a su conocimiento de la lengua quechua. Manifiesta su intención de servir “de intérprete en muchos vocablos indios, que, como extranjeros en aquella lengua, interpretaron fuera de la propiedad de ella” (6). El conocimiento del quechua, según Vargas Llosa, le concede al autor una superioridad “para hablar de los incas sobre los historiadores y cronistas españoles que ignoran, o hablan apenas, la lengua de los nativos” (23). No obstante, si a través de la lengua el autor recupera su estirpe por línea materna, el enunciador no encumbra a los incas en menoscabo de los españoles. Por el contrario, hay al mismo tiempo en los *Comentarios* una “tenaz reivindicación” de los conquistadores, al punto de que el enunciador “crítico el hecho de que, a diferencia de los héroes de la

reconquista, no se les considerara como (...) los nuevos héroes de una nueva conquista” (Valero Juan 9-10). Por esta razón, se considera a autor-enunciador como *antilascasista*, en la medida en que, si bien critica la violencia de la conquista y destaca además en su obra una visión providencialista mesiánica, no por ello deja de ponerse de lado de los encomenderos en los debates que desatan las Leyes de Indias (10). Lo anterior deriva en esta síntesis: los *Comentarios* no privilegian en ningún punto una cultura sobre la otra; en su lugar, pretenden reconciliar los dos mundos. En este sentido, no estamos ante la “voz de los vencidos”, como tampoco ante “la de los vencedores”. Más allá del origen del autor, esta configuración, diríamos, imparcial de autor-enunciador, otorga al texto su naturaleza mestiza.

Por otra parte, ya en el capítulo VIII.I, el enunciador, que ya ha manifestado el carácter “de vista” de su crónica, ratifica también su carácter “de oídas”. Sin embargo, se trata de un carácter “de oídas” sustentado en fuentes “autorizadas” y “fiables”, que otorgan verosimilitud al relato: “Contaba un caballero [el relato de Pedro Serrano] que se decía Garcí Sánchiz de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano y certificaba que se lo había oído a él mismo” (26). Al respecto, señala Vargas Llosa que “pese a la solidez de sus recuerdos, a sus consultas epistolares a los cuzqueños, y al vasto cotejo con otros historiadores del Perú (...) los *Comentarios reales* deben tanto a la ficción como a la realidad”. Y agrega justo después: “(...) embellecen [los *Comentarios*] la historia del Tahuantinsuyo, aboliendo en ella (...) todo lo que podía delatarla como bárbara (...) y aureolándola de una condición pacífica y altruista” (párr. 14).

Pese a la pretensión del autor de acreditar su discurso como verdadero, de atribuirse a sí mismo la calidad de “narrador fidedigno”, el enunciador, por su parte, imprime en el relato un áurea de ficción. La razón: si lo suyo fuese la historiografía “verdadera” más que la “historia ficcional”, ninguna de las dos civilizaciones que pretende reconciliar saldría bien librada de un examen atento de su violencia. Como el padre Las Casas, el autor considera que la conquista de América es motivada por Dios, quien utiliza a Colón como un instrumento para expandir su fe por la Tierra.

De la crónica mestiza

La crítica afirma que la crónica mestiza se escribe como una relectura de literaturas anteriores, “haciendo de ellas ambiciosos proyectos de crítica historiográfica interna” (Oviedo 172). La literatura anterior en América es tanto la precolombina —p. ej., la literatura náhuatl y quechua— como los denominados “textos de transición”, esto es, las

crónicas de Indias escritas por españoles como Hernán Cortés, Álvar Núñez Cabeza de Vaca o Bernal Díaz del Castillo, que, sin embargo, no pertenecen a la “literatura española, porque se ha[n] fabricado fuera de su ámbito; [pero] no llega[n] en general tampoco a ser literatura mestiza” (Lienhard 109). Lo anterior, pues, concede a la obra del Inca un sitio de relevancia mayor con respecto a las crónicas antecesoras. Vista en este sentido, la obra del *primer peruano*, como lo llama Mariátegui (1979), es el resultado de la literaturización del género cronístico, de su paulatina inserción en el campo estético.

Por otro lado, el título de la obra, como señala parte de la crítica, es “revelador del cuidado y modestia con que encaraba su tarea de historiador”, pues “el comentario” supone “la glosa de una obra anterior con el propósito de rectificarla o ampliarla” (Oviedo 196). Con todo, no conviene tomarse al pie de la letra esta “modestia”. El enunciador — como tampoco el autor— no es precisamente modesto. Tómese, por ejemplo, el caso del XIX.I, donde se insiste al menos tres veces, en un periodo breve de enunciados, en el uso del verbo ‘ver’: “Demás de habérmelo dicho los indios, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría (...) y así vi muchas cosas de las que hacían los indios (...) las cuales contaré diciendo que las vi” (45, las cursivas son mías). La insistencia en ratificar su condición de testigo fidedigno del hecho narrado revela en el enunciador un afán por sobreponerse a los cronistas que lo anteceden. No se trata, pues, de una glosa en el sentido más modesto de la palabra, sino de una “historia”, entendida como una crónica que “revisa o expande otras crónicas” (Oviedo 76).

Otro rasgo de la crónica mestiza es “la búsqueda del instrumento más adecuado a su propósito de reivindicación personal y colectiva, instrumento que haga justicia al mundo por él evocado”; y esa reivindicación halla su instrumento en el “decoro retórico y epistemológico” (Hart 191-192) que se traduce en el carácter estético de la obra. Por otra parte, están impregnadas las crónicas mestizas “de un profundo carácter retrospectivo: el de salvar del olvido el bien perdido en el tiempo o distante en el espacio” (Oviedo 193-194). En el caso de los *Comentarios*, aquello que se pretende salvar del olvido es, por una parte, la civilización incaica, y, por otra, la conquista y el primer siglo de la colonización española —dado que la obra se publica a comienzos del XVII—. Mas léidos ahora, los *Comentarios* no solo reivindican o rememoran la civilización incaica, destruida e instaurada en el pasado para el momento de la redacción de la obra, sino también el esplendor mismo del Imperio español, que se vendría abajo décadas más tarde con las guerras de independencia que habían de asolar al continente.

De allí que sea propio de la crónica mestiza, como hemos sugerido, un afán por establecer un sincretismo cultural, en aras de reconciliar dos mundos enmarcados en horizontes histórico-culturales diversos: el precolombino y el europeo. Y a esto se le suma el afán de que se traduzca —a veces de manera un tanto forzada— en “aspectos ficcionales, casi puros en el tratamiento de los orígenes míticos de las poblaciones americanas, con intentos de racionalización en parte autóctonos, pero reforzados por el aporte europeo” (Lienhard 107). A propósito, obsérvese el caso del X.IX, donde el enunciador relata una anécdota de Huayna Cápac, décimo inca del Tahuantinsuyo. Luego de quedarse viendo fijarme al Sol, su dios, el inca afirma: “Este Nuestro Padre el Sol debe de tener otro mayor señor y más poderoso que no él”. Y agrega el enunciador que “por este dicho y otros semejantes que los españoles oyeron contar (...) decían que si alcanzara a oír la doctrina cristiana, recibiera con mucha facilidad la fe católica” (226). Es posible también, en este sentido, que el dios incaico Pachacámac (‘creador de la tierra’) fuese asociado con el dios judeocristiano. Y este quizás sea el mayor intento reconciliatorio del enunciador de los *Comentarios*. Si las dos culturas obedecen y adoran a un mismo dios, con la única salvedad de que lo nombran de manera diferente, las dos culturas, entonces, son semejantes entre sí desde esta concepción, por cuanto son el resultado de la obra de una única deidad.

Alejo Carpentier: perspectiva hispanoamericana contemporánea

Ya en el siglo XX, con el advenimiento de la *nueva novela hispanoamericana*, escritores como Carpentier se proponen la reescritura de textos coloniales, de manera concreta de las crónicas de Indias. En el caso del cubano, es célebre su última novela *El arpa y la sombra*, en la que reescribe a su manera los *Diarios* de Colón. Esto se pone en relación con un marco teórico alusivo al cambio de paradigma del concepto de historia en la Hispanoamérica de finales del XX, asociado en la literatura con la noción de ‘nueva novela histórica’. Nos ocuparemos aquí de discutir los mecanismos de los que la novela se sirve para releer críticamente el pasado, pero ahora desde una perspectiva hispanoamericana.

Distorsión consciente de la historia

El concepto ‘nueva novela histórica’ se suele asociar con Mentón (1993). Según este crítico, desde la década de los setenta hasta mediados de la de los noventa, acaece en Hispanoamérica una nueva forma de novelar la historia, en concreto la del pasado colonial

del continente. No obstante, los postulados de Menton en torno a esta forma de novela han sido tanto rebatidos como complementados, por cuanto, entre otros motivos, no solo atañen a la literatura escrita en tales décadas, sino aun a literatura posterior. Con todo, y a efectos de este trabajo, intentaremos recuperar algunos de estos postulados originales que aun cobran cierta vigencia. Todo ello puesto en un marco de *reinterpretación* y *reescritura* de la “historia oficial”.

Así pues, uno de los rasgos de esta novela es la *distorsión consciente de la historia*, “mediante omisiones, exageraciones y anacronismos” (Menton 42). En *El arpa y la sombra*, el recurso del anacronismo se evidencia, sobre todo, en la tercera parte, “La sombra”, en esta “ingeniosa farsa que cierra el ciclo de la pretendida beatificación colombina” (Palmero 108). Hay allí una propuesta “de un tiempo integrador donde se dan cita todos los tiempos de nuestra cultura” (108). Aunque la discusión, promulgada ya por León XIII, en torno a la beatificación de Colón tiene lugar a fines del XVIII, ocupan allí sillas personajes como fray Bartolomé de las Casas, muerto en Madrid a mediados del XVI: “Para empezar, diré que los indios pertenecen a una raza superior” (79), afirma el padre Las Casas, trayendo a colación la defensa que hiciera de los indígenas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

De esta suerte, “al contar, Carpentier recrea; al construir, deconstruye” (Barceló 137). A nuestro juicio, esta forma de dialogismo entre personajes de distintas épocas acrecienta el cuestionamiento en torno a la historia oficial. ¿Pensaría Colón lo mismo del descubrimiento de América en medio de las guerras independentistas que allá cuando, siglos antes, se topó por primera vez con los pueblos del Nuevo Mundo? No deja de ser significativo, por tanto, el pasaje en que el Invisible —es decir, el propio Colón— responde a Andrea Doria acerca de Simón Bolívar: “Prefiero que no me hables de Simón Bolívar” (85), como sugiriendo que las guerras de independencia, nueva forma de la utopía americana, suponen un fracaso para el Colón de fines del XVIII y su vieja utopía del Oriente.

Fragmentariedad y limitación de la perspectiva

La nueva novela histórica no se presenta al lector “como el conocimiento completo y organizado, resultante de una investigación concluida y exitosa (...) más bien como (...) un conjunto de piezas (casi siempre incompleto o defectuoso) de un rompecabezas” (Pacheco 2015). *El arpa y la sombra*, en este sentido, no podría narrarse exclusivamente a

partir de un narrador omnisciente neutro. Fama, siguiendo a Chatman, identifica en la novela, entre otras, una “narración directa, donde el hablante se dirige al auditorio (...) una narración indirecta (...) [y] filtrada por la orientación ideológica del narrador” (548).

En la segunda parte, «La mano», es el propio Colón en su lecho de muerte quien toma la palabra. Y ello es significativo por cuanto Colón no ha tenido oportunidad de hablar de manera directa en la *historia oficial*, esa que cuenta, como señala Kagan, la historia con el visto bueno, autorización, apoyo o auspicio del poder (24). De hecho, como se sabe, el *Diario* del Almirante “está perdido, se conoce de su contenido por las citas de Fray Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*” (Palmero III). De esta forma, nos ha llegado un discurso indirecto, intervenido en todo caso por una mano ajena. No así en la novela, donde el propio Colón habrá de “decirlo *todo. Todo, pero todo*” (19), con una significativa repetición del adverbio, que denota cierto afán por contar lo velado por la historia oficial. En cuanto exponente de la nueva novela histórica, con Colón narrador, *El arpa y la sombra* se muestra “insatisfecha con las visiones externas y distantes” (11) de los personajes ilustres que ya humaniza, ya desacraliza.

Pulsión desrealizadora de la historia

Hay una “pulsión que podría llamarse *desrealizadora* (...) [Estas obras] parecen querer establecer de manera indisputada el reino de la imaginación (...) a veces accediendo directamente al espacio de lo fantástico” (Pacheco 214). En el caso de *El arpa y la sombra*, abundan los fragmentos en los que tiene lugar este rasgo. Citemos dos de ellos. El primero, el de los endriagos y caníbales monstruosos asociados con el Nuevo Mundo. Ya en los llamados *Diarios* de Colón se da cuenta de “monóculos, cinocéfalos, caníbales y hombres con cola” (Benítez 9), como hemos visto en la primera sección de este artículo. En *El arpa y la sombra*, a su vez, Colón advierte de la presencia, aunque “de oídas”, de “tierras pobladas de caníbales que tenían un ojo solo en cabeza de perros; monstruos que se sustentaban de sangre y carne humana” (51). No obstante, más tarde reconfirma “de vista” la invalidez de tal señalamiento: “Aunque jamás los haya visto alimentarse de carne humana” (Carpentier, *El arpa* 60). De esta suerte, la fantasía va y viene entre el relato del Almirante. La utopía con la que llega a América, alimentada por sus lecturas de Marco Polo y otros navegantes, le hace creer en la presencia de monstruos, y entonces *desrealiza* esta tierra. Pero más tarde, decepcionado, la vuelve a *realizar* por un breve lapso, apenas

el necesario para *desrealizarla* una vez más allí cuando la compara con el Paraíso Terrenal: “¡Carajo!, encontré nada menos que el Paraíso Terrenal” (65).

En este orden, el segundo de los casos es el de los “invisibles”, como Andrea Doria y el propio Colón, personajes de naturaleza fantasmagórica.

—‘Invisible se vuelve todo aquel que ha muerto’ —Pero si se le menciona y se le habla de lo que hizo y de lo que fue, el Invisible se hace gente —como se dice— y empieza a conversar con quien evoca su nombre. (Carpentier, *El arpa* 85)

El recurso de los invisibles es una de las cartas de presentación del anacronismo intencional, de la alusión que excede la realidad y pone en entredicho el “rigor verídico” de la historiografía. No hay que olvidar, por otra parte, que es también de Carpentier el concepto de *real maravilloso*, donde “lo maravilloso fluya libremente de una realidad estrictamente seguida en todos sus detalles” (“Prólogo” 2). Esto se explica en la medida en que América, crisol de culturas, “está lejos de haber agotado su caudal de mitologías” (1-2).

Intertextualidad

La *intertextualidad*, o, lo que es más preciso, la *interdiscursividad* se relacionan, respectivamente, tanto con la “apropiación en el relato ficcional de textos ajenos” como con “la incorporación dentro del hospitalario cuerpo de la novela de una diversidad de otros géneros o modalidades discursivas” (Pacheco 217). En *El arpa y la sombra* se dan cita

(...) diarios de viaje, biografías, crónicas, textos poéticos, novelas (...) algunas biografías del Almirante (...) así como infinidad de obras literarias, desde el *Retablo de las maravillas* de Cervantes, *El Matadero* de Esteban Echeverría, el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, el romance lorquiano *La casada infiel*. (Palmero 107-108)

Fuera de los múltiples textos aludidos, hay además un texto rector en cada una de las tres partes. Se trata del texto que vertebra cada sección. Así,

(...) no podría leerse ‘El arpa’ sin tener presente el diario de viajes de Mastai Ferretiz, ni es posible leer ‘La mano’ sin tener presente el diario de Colón [y la Carta

a Luis de Santángel, añadiríamos]. En ‘La sombra’, se hacen presentes asimismo biografías conocidas, como la de Roselly de Lorges. (Palermo III).

A nuestro juicio, la *intertextualidad* que leemos en *El arpa y la sombra* son herederas de la *intertextualidad* y el *palimpsesto* (Oviedo 77) que caracterizan la crónica de Indias, tanto la llamada “de transición” como la llamada “mestiza” (Lienhard 109). En este sentido, la nueva novela histórica, al menos la que reactualiza los tópicos del descubrimiento, la conquista y la colonia del Nuevo Mundo, es también una suerte de nueva crónica de Indias contemporánea. En *El arpa y la sombra*, se da cita una nueva forma de *fictionalizar* la historia, de repensarse como continente reescribiendo la *historia oficial*, así como de reactualizar, a un tiempo, el viejo género textual de la crónica de Indias.

Conclusión

Los *Diarios* y cartas Colón, antecedente de las *Crónicas de Indias*, abren la puerta a la Modernidad. Europa despierta con América. El Almirante, sin embargo, permanece en el pasmo: su mentalidad nunca deja de ser medieval. En su *Diario* se construye a sí mismo como un personaje de índole quijotesca, visto como un elegido de Dios, atento seguidor de Marco Polo como si de su propio Amadís de Gaula se tratase, rodeado de hombres monstruosos y revelaciones providenciales, convencido hasta el final de sus días de que ha hallado el Asia, y en este, el Paraíso Terrenal.

La perspectiva conquistadora no influye menos en las llamadas crónicas “de transición” que los mencionados textos colombinos. La necesidad de desacreditar las crónicas “de oídas”, privilegiando las “de vista”, solo advierte de los intereses que guardan las crónicas de conquistadores (Cortés, Díaz del Castillo, Cabeza de Vaca, entre otros) por acreditar su discurso como el *único fidedigno*. Las rentas derivadas de sus descubrimientos, la financiación de próximas empresas conquistadoras y la gloria que pudiera significar, desde el punto de vista militar, haber sido *el conquistador*, serían algunas de las causas que motivan las relaciones intertextuales de este tipo de crónicas.

Los *Comentarios reales de los incas*, por su parte, en cuanto exponentes de la crónica mestiza, constituyen un intento por reconciliar dos culturas, de establecer un sincretismo cultural entre el mundo europeo y el indígena precolombino. Una verdad estética, que no historiográfica, se revela en este género híbrido con notorios matices de

ficción, la crónica de Indias, que quizás alcanza con Garcilaso un punto clave y mayor de su evolución genérica.

Género proteico por excelencia, la nueva novela histórica (*El arpa y la sombra*, en el caso que nos ocupa) se habría apropiado de muchos de los elementos compositivos de la crónica de Indias, para añadir la pincelada de la que carecía el cuadro. Se tiene ya la mirada indígena precolombina con la literatura náhuatl y quechua; la española, con las crónicas de transición, como las de Cortés, Díaz del del Castillo o Cabeza de Vaca; la mestiza, con el Inca Garcilaso, y, ahora, con la nueva novela histórica, se tendría también la mirada del intelectual hispanoamericano hijo del siglo XX. Se trata de un momento en que la literatura permite al continente repensarse y reescribirse una vez más.

De esta forma, queda sugerido que, si bien los rasgos formales parecen permanecer entre las obras en las crónicas de Indias, la visión sobre los hechos está mediada por la perspectiva desde la que se aborda el hecho narrado. Las crónicas no son *verídicas*: responden, naturalmente, a intereses propios. En futuros trabajos sería apropiado volver sobre otro corpus de crónicas, cuyo abordaje habría rebasado la extensión y los propósitos de este artículo, como es el caso de la llamada *crónica oficial*, que cuenta la conquista desde España que podemos ver, por ejemplo, en la obra de Antonio de Herrera y Tordesillas.

Referencias

- Arciniegas, Germán. *América, tierra firme y otros ensayos*. Fundación Biblioteca Ayacucho, 1990. Impreso.
- Aurell, Jaume. "Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia". *Anuario Filosófico*, xxxix/3, 2006, 625-648. Web. <https://dadun.unav.edu/handle/10171/16172>
- Barceló, Bernat Garí. "La aprendiz de bruja de Alejo Carpentier: Relectura teatralizada de la conquista de México". *Anagnórisis. Revista de investigación teatral* 12 (2015): 136-150. Web. [http://www.anagnorisis.es/pdfs/n12/BernatGar%C3%ADBarcel%C3%B3\(136-150\)n12.pdf](http://www.anagnorisis.es/pdfs/n12/BernatGar%C3%ADBarcel%C3%B3(136-150)n12.pdf)
- Benítez, Estela Estévez. "Colón y la transmisión de los mitos de los pueblos monstruosos a América". *Historias del Orbis Terrarum* 15 (2015): 77-100. Web. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5383141>

- Borges, J. L. "La esfera de Pascal". Obras completas II. (1952-1972). Bogotá: Emecé, 2009. 15-18. Impreso.
- Carpentier, Alejo. "Prólogo. El reino de este mundo". Montevideo, Uruguay: ARCA (1949).
Web. [http://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura Hispanoamericana Contemporanea/Autores C/CARPENTIER/P.pdf](http://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura_Hispanoamericana_Contemporanea/Autores_C/CARPENTIER/P.pdf)
- Carpentier, Alejo. *El arpa y la sombra*. México: siglo XXI, 1979. Impreso.
- Colón, Cristóbal. Relación del primer viaje del descubrimiento. *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/relaciones-y-cartas-de-cristobal-colon--0/html/>
- Colón, Cristóbal. "Carta a Luis de Santángel". Serna, Mercedes, ed. *La conquista del Nuevo Mundo: Textos y documentos de la aventura americana*. Castalia, 2012. Impreso.
- Cornejo Polar, Antonio. "Garcilaso Inca de la Vega". Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/garcilaso-inca-de-la-vega--1/html/5flafecf-79a2-45a2-be98-5d35281f0b55_3.html#I0
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Freeditorial, 2014.
Web. <https://freeditorial.com/es/books/cartas-de-relacion>
- De Fuggle, Sonia Rose. "El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo". *Literatura mexicana* 1.2 (2011): 327-348.
Web. <https://revistasfilologicas.unam.mx/literaturamexicana/index.php/lm/article/view/806>
- Díaz del Castillo, Bernal. *La historia verdadera de la conquista de Nueva España*. Biblioteca Virtual Universal, 2003. Web. < <https://www.biblioteca.org.ar/> >
- Duverger, Christian. *Crónica de la eternidad: ¿quién escribió la Historia verdadera de la conquista de Nueva España?* Taurus, 2015. Edición Kindle. Impreso.
- Fama, Antonio. "Historia y narración en " El arpa y la sombra " de Alejo Carpentier." *Revista Iberoamericana* 52.135 (1986): 547-557. Web. <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/4222/4390>
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales de los incas*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1985. Impreso.

- García Márquez, G. *Fantasia y Creación Artística En América Latina y el Caribe. Temas De Nuestra América. Revista De Estudios Latinoamericanos*, 19.38., 2016 143-153. Web. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/tdna/article/view/8380>
- García Sierra, Begoña Leticia. "Naufragios de Álvaro Núñez: del discurso del fracaso a la aventura antropológica". *Actas del VII Congreso de la AISO*. Vol. 287. 2006. Web. https://cvc.cervantes.es/Literatura/aiso/pdf/07/aiso_7_040.pdf
- Gil Fernández, Juan. *Mitos y utopías del descubrimiento*. Alianza, 1989. Impreso.
- Hart, Catherine Poupeney. "Diálogos y sátira en la crónica de Felipe Guamán Poma de Ayala". *Scriptura* 11, 1996: 191-201. Web. <https://www.raco.cat/index.php/Scriptura/article/viewFile/94746/142660>
- Kagan, Richard. *Los cronistas y la corona: la política de la historia en España en las Edades Media y Moderna*. Marcial Pons Historia, 2010. Impreso.
- Las Casas, Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ediciones Universidad de Antioquia, 2011. Impreso.
- Lienhard, Martin. "La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 9.17, 1983: 105-115. Web. https://www.jstor.org/stable/4530089?seq=1#page_scan_tab_contents
- Mariátegui, José Carlos. "El proceso de la literatura". *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1979. Impreso.
- Menton, Seymour. "La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992." (1993). Impreso.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvaro. *Naufragios*. Elaleph.com, 2000. Web. 1 ago. 2019. <http://www.sisabianovenia.com/LoLeido/NoFiccion/CabezadeVacaNaufragios.pdf>
- O'Gorman, Edmundo. *La invención de América*. Fondo de cultura económica, 1995. Impreso.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Alianza Editorial, 2014. Impreso.
- Pacheco, Carlos. "La historia en la ficción hispanoamericana contemporánea perspectivas y problemas para una agenda crítica". *Estudios: revista de investigaciones literarias* 18 (2001): 205-224. Web. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2438281>

- Palmero, Elena. "El último viaje a los orígenes de Alejo Carpentier: El arpa y la sombra". *Contexto: revista anual de estudios literarios* 13 (2007): 105-118. Web. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2557860>
- Rodríguez Garrido, José. «La identidad del enunciador en los Comentarios Reales.» *Revista Iberoamericana* 61 (1995): 371-383. Web. <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/6350/6526>
- Salvadorini, Vittorio. "Las Relaciones de Hernán Cortés". *Thesaurus* 1.1 (1963): 77-97. Web. <http://thesaurus.caroycuervo.gov.co/index.php/thesaurus/article/view/329>
- Serna Arnaiz, Mercedes. "Discursos sobre la naturaleza americana: desde el descubrimiento de América hasta la visión ilustrada". *Anales de literatura hispanoamericana*, 2010, vol. 39, 251-264. Web. <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/49146>
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro*. Siglo XXI, 1987. Impreso.
- Valero Juan, Eva. "Alonso de Ercilla y el Inca Garcilaso de la Vega: De la epopeya a la tragedia". *América sin nombre* 16, 2011: 7-17. Web. <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/20635>
- Vargas Llosa, Mario. "El Inca Garcilaso y la lengua de todos". Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009. Web. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-inca-garcilaso-y-la-lengua-de-todos-0/>